



Jack y Cecilia cogieron cada uno una cesta de mimbre y salieron, sin dirección fija, al trabajo.



II

Convalecencia.

El cómo Jack, que cayó enfermo á consecuencia de aquel triste viaje, estuvo preso durante quince días en Aulnettes, abandonado á los cuidados del doctor Hirsch, quien ensayaba sobre aquel nuevo Madú su sistema de medicación por los perfumes; cómo vino á libertarlo el Sr. Rivals, llevándolo á su casa á la fuerza, y devolviéndole la vida y la salud, demasiado largo sería quizá para ser contado, y prefiero enseñaros en seguida á nuestro amigo Jack instalado en una buena butaca, junto á una de las ventanas de la "farmacia," con libros á su lado y un gran reposo en torno suyo; un reposo regenerador que viene del horizonte tranquilo, de

la casa silenciosa, del paso ligero de Cecilia, comunicando á su inercia la cantidad suficiente de movimiento para que saboree mejor el convaleciente sus largos días de completa inacción.

Es tan dichoso, que ni siquiera habla, contentándose con dejar sus ojos medio abiertos sobre aquella querida criatura, escuchando la aguja de Cecilia ó su pluma sobre el papel rayado de los libros de cuentas.

—¡Oh, ese abuelo mío!... Estoy segura de que me birla las visitas.... Ayer, sin ir más lejos, le cogí en dos mentiras.... Me sostuvo que no había ido á ver á los Goudelop, y dos minutos después decía que la mujer está algo mejor. ¿Usted habrá notado eso, verdad, Jack?

—¿Señorita?... dice éste, sobresaltado.

No ha oído; la miraba, siempre sencilla, de carácter igual, graciosa, sin esas niñerías estudiadas, esos movimientos de pájaro de las muchachas que saben que el ser algo loquillas es una gracia, pero que todo lo echan á perder con la afectación.

En ella todo es serio, todo es profundo. Su voz resuena en espacios de pensamientos; su mirada absorbe y conserva la luz. Nótase que cuanto entra en aquella alma, y todo cuanto sale, va lejos y de lejos viene. Y es tan verdad esto, que las palabras, esa moneda corriente, gastada, borrosa toman de repente, pronunciadas por ella, una frescura de un sello especial, como á veces les sucede en música, cuando van envueltas en un acorde mágico de Haendel ó de Palestrina. Si decía Cecilia "mi amigo Jack," parecíale á Jack que nadie antes que ella le había llamado así; y cuando decía ella "adiós," estrechábase su corazón como si nunca la

hubiese de ver; de tal suerte, con aquella naturaleza reflexiva y serena, tomaba todo un sentido definitivo. En el estado especial de la convalecencia, en el cual es el ser débil tan sensible á las influencias físicas y morales, que se estremece por la menor corriente de aire y se repone con cualquier rayo de sol, impresionábase vivamente Jack con todo aquel encanto. ¡Oh qué buenos, que deliciosos días pasados en aquella casa bendita, y qué bien dispuesto estaba todo en torno suyo para apresurar su curación! La "farmacia," gran habitación casi desnuda, rodeada de altos armarios de madera blanca, adornada de cortinas de muselina, dando al Mediodía; en el final de una calle del pueblo, con el horizonte de los campos segados, comunicábale su sana tranquilidad, sus tónicos olores de hierbas secas, de plantas cogidas durante el esplendor de su florecimiento. Aquí la naturaleza se ponía al tanto del enfermo, dulce, bienhechora, y respiraba él su recuerdo con delicia. Riachuelos corrían para él en el aroma de los bálsamos, y el bosque extendía sus arcos de verdura sobre el perfume de aquellas plantas recogidas al pie de sus grandes robles.

A medida que volvían sus fuerzas, trataba Jack de leer. Hojeaba los viejos librotos de la biblioteca, y entre ellos hallaba algunos que ya había leído, tratando ahora de comprenderlos mejor. Cecilia continuaba su trabajo cotidiano, y como el médico estaba siempre fuera, los dos jóvenes permanecían solos, con la criada. Lo suficiente era aquello para que charlara la gente, y la presencia asidua de aquel muchachote junto á aquella linda muchacha, llamaba la atención de muchas madres prudentes.

Ciertamente que, de haber vivido la señora de Rivals, no hubieran sucedido así las cosas; pero el doctor era otro chiquillo en medio de aquellos dos chiquillos. Y también, ¿quién sabe? quizás tuviera también su idea, aquel buen doctor.

Pero D'Argenton, informado de la instalación de Jack en casa de los Rivals, había tomado aquello por una injuria personal: "No es decente el que permanezca ahí, escribíale Carlota á su hijo. ¿Qué reputación nos dará eso en el país? ¡No parece sino que no tenemos con qué curarte! Es como una censura que nos haces...." Y como esta primera carta quedó sin efecto, el poeta escribió, él mismo, EL MISMO: "Mandé á Hirsch para que te curara; pero has preferido la rutina idiota de ese médico de aldea, á toda la ciencia de nuestro amigo. ¡Quiera Dios que te dé buen resultado! En todo caso, puesto que ya estás mejor, te concedo dos días para volver á Aulnettes; si en el término de dos días no has vuelto allí, te considero como rebelde á mi autoridad, y desde ese momento todo quedará terminado entre nosotros. ¡A buen entendedor.... y no digo más!" Mas como continuaba Jack inmóvil, vieron llegar á Carlota. Vino con grandes aires de dignidad, **sendas pastillas de chocolate** en su saquito para golosear durante el camino, y multitud de frases aprendidas de memoria, apuntadas por su "artista." El Sr. Rivals la recibió en la planta baja, y sin dejarse intimidar por la reserva aparente de la dama, por el pliegue especial de sus rojos labios y el esfuerzo que hacía para contener su exuberante lengua, díjole de un golpe:

—Debo avisarle á usted, señora, que yo he sido quien

ha impedido á Jack que vuelva á Aulnettes.... Estaba su vida en peligro.... sí, señora, hubiérale costado el pellejo.... Su hijo de usted atraviesa una terrible crisis de cansancio, de extenuación, de crecimiento. Afortunadamente está aún en la edad en que se reforman los temperamentos, y espero que resista el suyo á este rudo golpe, siempre que no lo confíe usted á su miserable Hirsch, á ese asesino que le asfixiaba con incienso, almizcle y benjuí, so pretexto de curarlo. Supongo que usted nada sabía de esto. He ido á sacarlo de Aulnettes, entre torbellinos de humo, en medio de aspiradores, inhaladores, pebeteros. Es más: he desbaratado todo aquello de un puntapié, y creo que algo le tocó al médico. Actualmente, su hijo de usted está fuera de peligro. Déjelo usted algún tiempo todavía; yo me encargo de devolvérselo más vigoroso que antes y capaz de emprender de nuevo su dura existencia; pero si lo entrega usted en manos de ese abominable droguero, creeré que su hijo de usted la molesta y que quiere usted deshacerse de él.

—¡Oh, Sr. Rivals! ¿Qué es lo que usted me está diciendo?... ¿Qué es lo que he hecho. ¡Señor, Señor! para merecer semejante injuria?

Esta última pregunta trajo naturalmente un diluvio de lágrimas, que el doctor secó en seguida con algunas buenas palabras, y luego Carlota, tranquila, subió á ver á su Jack que estaba leyendo solo en la farmacia. Hallóle hermoscado, cambiado, como si se hubiese despojado de alguna envoltura grosera; pero estaba también extenuado, lánguido por el esfuerzo de la transformación. Estaba Carlota muy conmovida, y Jack palideció al verla entrar.

—¿Vienes á buscarme?

—No, hijo, no. . . . Estás demasiado bien aquí, y este buen doctor, que tanto te quiere, ¿qué diría si te llevara?

Por primera vez en su vida pensaba Jack que puede uno ser feliz lejos de su madre, y el dolor de la separación le habría ciertamente ocasionado una recaída. Quedaron un momento solos. Carlota le hizo algunas confidencias. No parecía estar muy contenta. "Hijo mío, esa vida literaria acarrea demasiados trastornos. Ahora tenemos grandes fiestas todos los meses. Cada quince días lecturas. . . . ¡Si vieras qué jarana es para mí! Mi pobre cabeza, que no es ya de por sí muy fuerte, no sé cómo resiste. El príncipe japonés del señor Moronval ha escrito un gran poema, en su lengua, por supuesto. . . y él se ha empeñado en traducirlo, verso por verso. De modo que está tomando lecciones de japonés, y claro está que yo con él. ¡Vaya un lío! . . . La verdad, se me está figurando que no es mi vocación la literatura. Hay día que no sé lo que hago ni lo que digo. Y esa Revista, que no nos produce un céntimo, que ni siquiera tiene un abonado. . . A propósito, "Buen Amigo. . . ." pues ha muerto. . . ¡Si supieras cuánto lo he sentido! . . . ¿Te acuerdas tú de él?"

En aquel momento entró Cecilia.

—¡Ah, señorita Cecilia! . . . ¡Cuánto ha crecido usted y qué hermosa está!

Y habría Carlota los brazos de par en par, sacudiendo todos los encajes de su abrigo para abrazar á la joven. Pero Jack no estaba á gusto. D'Argenton, "Buen Amigo," por nada del mundo hubiera él hablado de todo eso delante de Cecilia, y varias veces dióle otro giro

á la charla de su madre, quien no tenía tales escrúpulos. Y es que aun sintiéndose muy cariñoso hacia Carlota, colocaba Jack en su puesto á cada uno de aquellos dos amores de su vida; el uno le protegía, y por el otro protegía él; y tanta piedad entraba en su ternura filial cuanto respeto había en su primer arrebato amoroso.

Quisieron que comiera allí la señora de D'Argenton; pero parecíale que ya había permanecido bastante tiempo en aquella casa; mejor dicho, demasiado tiempo para el egoísmo feroz del poeta. Así es que desde cierta hora hasta su marcha, estuvo inquieta, preocupada. Forjaba de antemano lo que le contaría al llegar, para disculparse.

—Sobre todo, Jack mío, si tienes que escribirme, envía tu carta á la lista de correos, á París. Ya comprendes, está muy irritado contra tí en este momento, y es menester que también yo simule estar enfadada. Que no te extrañe si recibes alguna filípica con letra mía. Siempre está detrás de mí cuando escribo; á veces me dicta. . . Mira, ¿sabes lo que haremos? . . . pues pondré una cruz al final de la carta, y esa cruz significará: "Esto no cuenta."

Y así es cómo, con cierto candor, confesaba ella cuán esclava era. Sólo una cosa podía consolar á Jack de esa tiranía, y era el ver á aquella insensata marcharse tan alegre, tan joven, con su traje tan bien ajustado sobre su cuerpo y su saquito de viaje, que llevaba ella tan elegante, tan alegremente colgado del brazo, como cualquier gran peso que la vida le hubiera echado encima.

¿Habéis mirado alguna vez esas flores de agua cuyos largos tallos parten desde el fondo de los ríos, suben alargándose, retorciéndose al través de todos los obs

táculos de la vegetación acuática, para estallar por fin en la superficie en magníficas corolas, redondeadas como copas, embalsamadas de perfumes muy suaves, atenuados, cambiados por la amargura y el color verde del agua? Así crecía el amor en el corazón de aquellos dos niños. Aquel amor venía de muy lejos, de su más tierna infancia, de ese tiempo en que toda semilla produce un germen y la promesa de una florecencia. En Cécilia, las flores divinas habían subido rectas en un alma pura, en la que miradas algo perspicaces las hubieran fácilmente descubierto. En Jack habíanse detenido en el fango, entre plantas enredadísimas, enrolladas al rededor de ellas cual ataderos que las impedían crecer. Pero por fin llegaban á las regiones de aire y de luz, se erguían, resaltaban, enseñando casi en la superficie su rostro de flores, en las que el movimiento de la ola pasaba aún ligeramente rozando. Poco faltaba, muy poco, para que se abriesen. Fué aquello obra de una hora de amor y de sol.

—Si queréis, deciales una noche el Sr. Rivals á los dos niños, iremos mañana todos juntos á las vendimias del Coudray. El amo de la granja me ha propuesto mandarme su carricoche. Vosotros os iríais desde por la mañana, y yo me llegaría allí para la hora de la comida.

Aceptaron con alegría.

Pusiéronse en camino en una hermosa mañana de fines de Octubre, con una ligera niebla que parecía ir desapareciendo á cada vuelta que daban las ruedas del coche, deslizándose como una gasa y descubriendo un admirable paisaje. Sobre los campos regados, sobre los haces dorados, sobre los largos tallos, último esfuerzo de la estación, largos hilos sedosos y blancos flotaban,

atándose unos á otros, arrastrando como restos de la niebla que subía. Formaba aquello una capa de plata hilada á lo largo de aquellas llanuras en las que imprime el otoño tanta grandeza y solemnidad. La ría se deslizaba al pie de la carretera, bordeada de antiguos dominios señoriales y de enormes macizos de árboles enrojecidos por el verano. El aire, ligero y fresco, ayudaba al buen humor de los viajeros, sacudidos sobre sus duros asientos, con los pies hundidos en la paja y agarrándose á los lados del carricoche. Una de las hijas del labrador guiaba un borriquillo gris y testarudo que sacudía sus largas orejas, molesto por las avispas, muy numerosas en esa época del año en que la recolección de las frutas esparce suaves perfumes en el aire.

Y trotaban, trotaban.

Etiolles y Soisy desfilaban de cada lado de la carretera con esas casualidades de paisajes que son la delicia del viaje. Una vez atravesado el puente de Corbeil, distante algunos kilómetros de la pequeña ciudad, entraron en plena vendimia.

Sobre los cerros que bajaban hacia el Sena, una nube de trabajadores se había desparramado, cortando y deshojando, con ese ruido de granizo que hacen los gusanos de seda en las hojas de las moreras. Jack y Cécilia cogieron cada uno una cesta de mimbre, y salieron sin dirección fija, al trabajo. ¡Oh, qué lindo sitio, qué rústico paisaje entrevisto entre las cepas! el Sena estrecho, girando, pintoresco, lleno de islitas siempre verdes, algo así como una miniatura del Rin junto á Basilea; el ruido de una esclusa, no lejos de allí, con sus torrentes de agua, sus torbellinos de espuma, y sobre todo aquello, el sol que subía en una niebla dorada al lado de una

delgada media luna blanca, amenazando ya en aquel hermoso día, con noches más largas y lumbres encendidas á media tarde.

En efecto, aquel hermoso día fué muy corto, ó por lo menos así le pareció á Jack. No se apartó un minuto de Cecilia; tuvo constantemente ante la vista su sombrero de paja de alas estrechas, su falda de percal ramado y su cestita, que llenaba él con los más hermosos racimos, cuidadosamente recogidos, cubiertos de ese fino polvillo, cual el de la mariposa, que da á la uva la transparencia del cristal sin pulimentar. Miraban juntos aquella flor del fruto, y cuando alzaba Jack la vista, admiraba sobre las mejilas de su amiga, en sus sienas, en las comisuras de sus labios, una pelusilla igual, un polvillo tan delicado, una ilusión de todas las facciones, lo que el alba, la juventud, la soledad, dejan en los racimos sujetos al árbol y en los corazones que no han amado aún. Los cabellos de la joven, alzados por el aire, añadían ligereza á aquella apariencia vaporosa. Nunca había visto él fisonomía tan primaveral. El ejercicio, la excitación de su agradable trabajo, la alegría comunicada en toda la viña por los llamamientos, los cánticos, las risas de los vendimieros, habían transformado la tranquila ama de casa del Sr. Rivals, tornábase en la niña que era, corría sobre las pendientes, llevaba su cesto sobre la espalda, con el brazo alto, atenta su cara, tan pura, en el equilibrio de la carga, con ese andar cadencioso que recordaba Jack haber notado en las mujeres bretonas que transportan el agua sobre su cabeza en grandes cántaros, y queriendo conciliar la ligereza de su paso con la carga que sostienen.

Llegó, sin embargo, un momento en que el cansancio

nizo sentar á los dos jóvenes al borde de un bosquecillo lleno de brezos rosados, crujiendo de hojas secas...

¿Y entonces?

Pues no; no se dijeron nada. No era su amor de esos que se dicen y formulan tan pronto. Dejaron la noche caer misteriosamente sobre el más hermoso ensueño que en su vida habían tenido; ensueño embriagador, rápido, perfumado de naturaleza, y al que un crepúsculo de otoño vino á dar de repente un encanto de intimidad, encendiendo de trecho en trecho en el horizonte ventanas y umbrales invisibles que hacían pensar en regresos á casas llenas de seres amados. Como refrescaba el viento, quiso absolutamente Cecilia abrigar el cuello de Jack con una toquilla de lana que había llevado por precaución. La suavidad del tejido, el calorillo que daba, su buen olor de prenda cuidada... fué aquello como una caricia que hizo palidecer al enamorado.

—¿Qué tiene usted, Jack?... ¿Sufre usted?

—¡Oh, no, Cecilia! ¡Nunca me he sentido tan bien!...

Habíale ella cogido la mano; pero cuando quiso retirar la suya, retúvola él á su vez, y permanecieron allí un momento silenciosos, con los dedos entrelazados.

Y aquello fué todo.

Cuando bajaron á la granja, acababa de llegar el doctor. Oíase abajo en el patio su cariñosa y franca voz, y el ruido del coche que estaban desenganchando. El fresquecillo de las tardes de otoño tiene una poesía que saborearon Cecilia y Jack al entrar en la sala baja, en la que ardía la lumbre de la cena. El rústico mantel, los platos con flores pintadas, el olorillo refrigerante de una comida de labriegos, todo contribuía á la rusticidad de la fiesta, terminada, al llegar el postre, por un des-

moronamiento de uvas sobre la mesa, por las idas y venidas de la sala á la bodega, y una probadura general de los vinos antiguos y nuevos. Jack, enteramente ocupado de Cecilia, que le tocó por vecina, demostraba profundo desdén hacia las polvorientas botellas que llegaban de la bodega. El doctor, por el contrario, apreciaba mucho esa buena costumbre de las comidas de vendimias; y tanto la apreciaba, que su nieta se levantó sin ruido, mandó enganchar, se envolvió en su abrigo, y el huero del Sr. Rivals, viéndola ya dispuesta, dejó la mesa, en medio del escándalo que por esto armaron los convidados.

Volviéronse á casa los tres, como antiguamente, por la soledad de la campiña, sólo que algo más estrechos en el cabriolé, pues él no había crecido y hacía ahora en los caminos cierto ruido de muelles gastados hasta los tornillos. Pero ningún encanto quitóle aquel ruido á aquel paseo que las estrellas, tan numerosas en otoño, seguían desde arriba como una lluvia de oro suspendida en el aire vivo. Seguían paredes de parque, por las que sobresalían ramas; parques terminados generalmente por algún pabelloncito misterioso, con las persianas cerradas, cual si hubiese encerrado el pasado en su sombra; del otro lado ofrecíase el Sena, en donde sólo había las casas de los escluseros, y en el que se deslizaban, confiados á la corriente, largos trenes de madera, cuyos fuegos encendidos delante y detrás, ardían silenciosamente reflejados por el agua.

—¿No tienes frío, Jack?... decía el doctor.

¡Cómo había él de tener frío!

El gran chal de Cecilia le rozaba, y tenía además tanto sol en sus recuerdos!...

¡Ay! ¿Por qué ha de salir el sol después de días tan maravillosos? ¿Por qué nos ha de coger la muerte en medio del ensueño? Jack sabía ahora que amaba á Cecilia; pero también sentía que su amor le destinaba á todos los sufrimientos. Estaba demasiado alta para él; y aunque mucho había cambiado viviendo á su lado, aunque habíase despojado algo de su ruda corteza, sentíase indigno de la bonita hada que le había transformado. Sólo el pensar que sin duda había la joven adivinado su pasión, le ponía tímido junto á ella. Pero ya volvía la salud, y principiaba á sentirse avergonzado por sus largas horas de inacción en la "farmacia." ¿Era Cecilia tan valiente, tan trabajadora!... ¿Qué pensaría de él si continuara allí? Nada, nada; era preciso, indispensable, marcharse.

Una mañana entró en el cuarto del Sr. Rivals para darle las gracias y comunicarle su resolución:

—Tienes razón, le dijo el buen hombre; ya estas fuerte, tienes buena salud; hay que trabajar. Con la cartilla que tienes pronto hallarás trabajo.

Hubo un momento de silencio. Sentíase Jack muy conmovido, y también algo molesto por la singular atención con que le miraba el Sr. Rivals.

—¿No tienes nada que decirme?... le preguntó de repente el doctor.

Jack, muy encarnado, muy azorado, contestó:

—Pues no, Sr. Rivals.

—¡Ah! Me parecía, sin embargo, que cuando estaba yo enamorado de una buena y honrada niña que tiene por único pariente á un viejo pobre hombre de abuelo, á éste es á quien había que pedirselo.

29888

Jack, sin contestar, ocultó su rostro entre sus manos.

—¿Por qué lloras, Jack? Ya ves que no andan tan mal tus asuntos, puesto que yo he sido el primero en hablarte de tus amores.

—¡Oh, Sr. Rivals! ¿es posible? ¡Un miserable obrero como yo!....

—Trabaja para dejar de serlo.... Puede uno salir de ahí. Yo te diré cómo, si quieres.

—Sí, pero eso no es todo, eso no es todo. Usted no sabe lo más terrible. Yo soy.... yo soy....

—Sí, ya lo sé; eres bastardo, dijo el doctor muy tranquilo. ¡Pues ella también!.... Bastarda.... y algo más triste todavía.... Acércate, hijo mío, y escucha.



sentada junto á mí, me cuenta en voz baja su horrible historia